

1

¡Uf! ¡Qué buen ojo morado traes, amiga!
(0 SEGUIDORES)

Lo primero que deben saber sobre mí es que no siempre fui la rubia súper atractiva, *sexy* y *cool* que soy hoy. Ya, ya lo sé, están en *shock*. Pero la verdad es que no hace tanto era una especie de pulpo en un garaje, o sea, fuera de lugar, que llevaba *brackets* y ropa de la temporada anterior dos tallas más grande. «¡Imposible! ¡Inaudito! —me los imagino exclamando—. Lele siempre ha sido *perfecta*». Bueno, sí, en eso tienen razón, siempre he sido perfecta, pero eso es otra historia que vamos a dejar para otro momento. Déjenme ahora que los lleve hacia atrás en el tiempo hasta los días oscuros para que vean que mi lucha era profunda y muy real.

Tengo dieciséis años y es mi primer día en el colegio Miami High. Los pasillos son muy largos y la cantidad de alumnos... intimidada. Verán, mi última escuela (la escuela para chicas St. Anne's) era pequeña —casi podríamos decir que era acogedora, íntima—. Ah, claro, y católica. Vengo de una pequeña escuela católica y de una familia católica; hasta hoy todo lo que he conocido son las dulces y familiares

caras de los mismos veinte niños con los que crecí, más todo lo que han pasado en Disney Channel (#tbt *El diario de la princesa*, #peliculón).

Mis padres, Anna y Louis Pons, decidieron, de golpe y muy injustamente, que sería mejor que acudiera a una preparatoria más grande para conocer a gente, expandir mis horizontes y blablablá, antes de ir a la universidad. ¿Es que nadie les dijo que podías ir a la universidad aunque hubieras ido a un colegio enano siempre que tuvieras una mínima presencia en internet? Bienvenidos al siglo XXI, queridos padres, por favor, tomen asiento.

A ver, no lo digo en serio, es solo que a veces la ironía me domina. Es cierto que la universidad es muy importante, pero ¿es para mí? Yo lo que quiero es convertirme en actriz, y me impacientaría mucho tener que posponer eso durante cuatro años nada más y nada menos, así que no lo tengo claro. Estoy lista para enseñarle al mundo mi talento; estoy lista para tomar el toro por los cuernos y bailar al ritmo del jazz.

Pero bueno, soy una chica católica obediente y respeto los deseos de mis padres (hago lo que puedo, ¿okey?), y así es como llegué hasta aquí, al primer día en el colegio Miami High, epicentro de chicas guapas y de algunos de los tipos más increíblemente buenorros que he visto en mi vida.

Me levanto tarde (para variar) y fracaso a la hora de conseguir el *look* que había planeado para mi primer día. La blusa blanca con olanes, los *shorts* negros y las botas hasta la rodilla que Rihanna llevaba como si nada me hacen parecer poco o nada una estrella del pop y mucho un pirata. Pero pienso: «¡Bah! YOLO, ¿no?» y me voy derecha a la pre-

paratoria Hombres Guapos disfrazada de Jack Sparrow. (Ya sé que YOLO está pasadísimo de moda, pero bueno, es que ¡solo se vive una vez! Je, je).

Lo primero es lo primero: mi horario. Una señora que parece una vieja papa con lentes y pintalabios mal aplicado me lo da en recepción.

—Bienvenida al colegio Miami High —me dice entre dientes, como si antes que abrir la boca para pronunciar dichas palabras prefiriera la muerte.

Huele a caramelos de fresa y a ajo, y esa combinación es un poco *too much* para esas horas de la mañana, si les soy sincera. En fin, ahí va mi itinerario educativo para los próximos diez meses:

- 1.^a hora: Inglés
- 2.^a hora: Historia mundial
- 3.^a hora: Cálculo
- 4.^a hora: Educación física
- 5.^a hora: Biología marina
- 6.^a hora: Español

Desde ya, veo que no encajo ni a golpes por aquí, y por cómo me mira la gente, deben de pensar lo mismo. Ya saben a lo que me refiero: esas miradas matadoras que les encanta lanzar a los adolescentes que significan «¿quién demonios es esa?». Durante la primera hora, en clase de inglés, un chico con el pelo de punta tira una bola de papel arrugado que rebota en mi cabeza. En la segunda hora, historia mundial, otro chico, este lleva una gorra de béisbol al revés, me grita:

—¡Oye! ¿Por qué hablas tan raro?

Cuando le explico que tengo acento venezolano, me responde:

—Pues lo que parece es que no sabes hablar.

—Es que soy de Caracas.

—¿De dónde?

—De Caracas, Venezuela. País limítrofe con Colombia, Brasil y Guyana que se encuentra a 2591 kilómetros de aquí.

—¡Maldita *nerd!* —murmura a otro montón de chicos con la misma cara de burla y llena de granos, y todos se echan a reír y me señalan con la cabeza.

En la tercera hora, cálculo, una chica pelirroja con lentes se acerca para decirme:

—Aquí la gente viste un poco más... discreta. Para que lo sepas. Para mañana.

Y luego se escabulle de nuevo para unirse a su grupito. Todo el mundo tiene una pandilla. Menos yo. Suspiro. «¡Vamos por el primer año!», pienso para mis adentros, y luego ahogo mis penas en una Pepsi fría como el hielo.

Tras la tercera clase viene la hora de la comida. A ver, lector, no sé si has estado alguna vez en una cafetería escolar, pero déjame que te cuente cómo va el asunto: es uno de los lugares más terroríficos del planeta Tierra. En serio, merecerían su propia temporada en la serie *American Horror Story*. Lector, por favor, concédeme el honor de describirte el elenco de atrocidades presentes en la cafetería del Miami High:

- Las señoras del comedor: Mujeres malas y ceñudas que parecen odiar su vida y nos odian a nosotros

por existir. Una, con una plaquita con su nombre en la que dice «Iris», me echa bronca por no tener el dinero listo a la hora de pagar. Luego por no haberlo transferido a una tarjeta que según parece es la que se usa normalmente en las asquerosas cafeterías de los colegios.

- Redecillas: Las señoras que trabajan en el comedor llevan unas redecillas sudadas y grasientas que me recuerdan a las redes de pesca: no puedo mirarles la cabeza sin imaginarme peces aleteando en una lucha desesperada por mantenerse con vida. Mi apetito = muerto.
- Comida intragable: La comida es criminal. En realidad, y lo digo muy en serio, no tengo ni idea de lo que es. Es como una montañita de unicel cubierta con salsa grasienta y con pedazos de algo que podría ser pollo o no. Viene con un postre de mandarina que son solo trocitos de fruta flotando en jarabe de maíz.
- Ambiente: Huele mal; hay mucho ruido; no hay suficiente oxígeno para todos.
- Alumnos: Nunca verán a tantos chicos de colegio congregados en ningún lugar como en la cafetería. Si han visto *Chicas pesadas* ya sabrán lo de las diferentes tribus (enfermos sexuales, niños ricos, chicas que se comen sus sentimientos, asiáticos *cool*, etc.), pero en el Miami High no existe tal cosa. Todo el mundo está mezclado, cada tribu infringe el espacio personal de la tribu inmediatamente adyacente, así que no sabes dónde empiezan los *nerds* y acaban los deportistas. Las administraciones escolares jamás serán capaces de eliminar del todo las tribus, pero pueden obligar-

los a sentarse juntos, y este es el resultado de dicha pesadilla. A diferencia de en *Chicas pesadas* y en *Todas las Películas Sobre Colegios Jamás Filmadas* en las que la protagonista principal suele ser la nueva que no sabe dónde sentarse porque ninguna tribu la quiere en su mesa, yo no puedo sentarme en ningún lado porque *no hay lugar*, literalmente. Incluso si alguna tribu decidiera adoptarme, tendría que sentarme en el regazo de alguien. En serio, esto es un zoológico.

Sin lugar donde comer y ningún deseo de comer esta comida, tiro la bandeja de cartón a la basura y me apresuro a salir a tomar aire antes de que me dé un ataque de pánico o acuchille a alguien por accidente por culpa del miedo y de la confusión. Me acomodo en el exterior con la espalda apoyada en la pared y cuento los minutos hasta que acabe esta locura. Pero claro, por más que fijes la mirada en una olla llena de agua, esta no va a hervir más rápido, así que la espera se hace eterna. Una mujer de aspecto muy profesional, con saco azul marino, tacones de charol y un corte de pelo a la Hillary Clinton, pasa apretando el botón de un control remoto como si fuera a hacer estallar una bomba. Al verme, se para de golpe.

—Perdona, pero ¿por qué estamos fuera? —pregunta, y suena vengativa y sedienta, como si estuviera dispuesta a beberse mi sangre.

—Pues... no sé por qué está usted fuera, pero yo salí porque ahí dentro no podía respirar.

—Eso no importa, ya conoces las reglas. Los alumnos no pueden estar fuera de la cafetería durante la hora de comer.

—Ah, bueno, es que es mi primer día, no lo sabía.

—Pues ahora ya lo sabes. Vuelve a entrar o tendré que acusarte con alguna autoridad.

—¿Autoridad? ¿Como en la cárcel? Preferiría no tener que volver a entrar.

—Mira, no sé cómo eran las cosas en tu antigua escuela, pero en el colegio Miami High no hacemos excepciones. Si te trato a ti como a una princesa tendré que tratar a todo el mundo como a una princesa. Así que te va a tocar entrar y comer adentro como todos.

—¿Tomar un poco de aire fresco es pedir que me traten como a una princesa?

—Por favor, no te hagas la lista conmigo, no he acusado a nadie hoy y no quiero empezar ahora.

—Dios santo... —En este momento estoy a punto de echarme a reír: la absurdidad de esta mujer y de la situación son demasiado para mi *body*—. Supongo que tendré que iniciar una revolución.

—No hace falta que te pongas tan dramática. Pasa por la recepción al finalizar las clases y pide un formulario para salir del campus. Si tus padres lo firman podrás comer fuera del colegio. No hace falta que comas en la cafetería, pero entonces a la hora de la comida no podrás estar en el campus. Es por tu seguridad.

—¡Gracias! Me alegro de no haber tenido que hacer nada drástico.

Se enoja y se aleja taconeando, la cabeza adelantada respecto al resto del cuerpo como si fuera a cruzar la línea de meta de una carrera. Me admira esa determinación tan psicótica.

Suena la campana y me doy cuenta de que nunca me había hecho tanta ilusión volver a clase. Veo a una chica ne-

gra de rostro amable, cabello trenzado y gafas, indudablemente *nerd*, que regresa caminando al campus.

—Oye —le digo—, ¿sales del campus a la hora de comer?

—¡Pues claro! Si tuviera que comer ahí cada día me daría algo —responde señalando la cafetería.

—Es asquerosa, ¿no? Pensaba que era solo mi imaginación.

—Ni al caso, no te equivocas.

—Pues debe de ser la primera vez en la vida. Soy Lele Pons.

—Darcy Smith. Encantada. Asegúrate de pedir un pase para salir hoy mismo; te ves como una persona agradable y no me gustaría que acabaran devorándote en esa boca de lobo.

Nota mental: conseguir un pase o morir.

Nota mental: no me gusta este colegio.

La cuarta hora toca educación física. La entrenadora Washington es una mujer que parece un armario, con el pelo cortado como hombre y dos dientes de plata. Ah, y le falta el dedo meñique de la mano izquierda. Nos reparte unos uniformes fluorescentes muy feos y nos envía a los vestidores, donde se supone que debemos desnudarnos las unas delante de las otras. Ya. Claro. Como soy católica, me da un poco de vergüenza e intento ser tan discreta como puedo. Ni siquiera sé cómo se llaman mis compañeras, así que prefiero que la primera impresión que se lleven de mí no sea el sujetador deportivo Nike de color beige que llevo. Pero es demasiado tarde. Una morena con curvas pero

esbelta, de enormes ojos entre verdes y castaños y unas pestañas enormes, me vislumbra entre el resto y, notando mi timidez, me espeta:

—¡Oye, tú, nueva! Creo que mi abuela usa el mismo brasier.

—¡Felicidades por conocer tan bien la ropa interior de tu abuela! —le suelto de inmediato y sin pensar.

El vestidor se queda en silencio y Ojos Brillantes levanta la ceja de un modo que me hace morir de miedo un poquito. ¿Se me ocurrió meterme con la *bully* del lugar? Cierra la puerta de su casillero deliberadamente despacio, como si me estuviera enviando una señal de peligro, luego se arregla el pelo y sale por la puerta.

—Tu madre llevaba este brasier anoche —murmuro para mí misma y para las pocas que me siguen escuchando. Genial, Lele, la primera en la frente. Eres lo máximo.

En la cancha, la entrenadora Washington pasa lista y me entero de que Ojos Brillantes se llama en realidad Yvette Amparo. Washington pronuncia mi nombre: «Lili», y no me queda más remedio que corregirla. Esta es la segunda cosa que deberían saber sobre mí: me hierva la sangre cuando la gente me llama Lili. ¿Es que no saben leer o qué? Es Le-le. Como en la canción de Rihanna: *you can stand under my umbrella, ella, ella, eh, eh, eh*, si a esos *eh* le añadieses una l: *you can stand under my umbrella, ella, ella, Le-le, Le-le*. Es una buena forma de acordarse de cómo se pronuncia. Intento explicarle todo esto a la entrenadora, pero pronto pierde la paciencia y me ignora.

Debo decirles que el fútbol americano me parece un deporte un poco brusco para el primer día. ¿No podríamos centrarnos en algo más tranquilo y menos de contacto, como

hacer lagartijas? Parece ser que no. Parece ser que los profesores de educación física de los grandes centros educativos públicos adoran torturar a sus alumnos. Tan pronto como la entrenadora Washington nos pone a Yvette y a mí en equipos opuestos sé que voy a tener que *tacklearla*. Aquí viene la tercera cosa que deben saber sobre mí: soy una persona muy física. No digo que no sea lista, solo que prefiero utilizar mi cuerpo para resolver cualquier conflicto. Salir a correr, bailar sola, golpear a alguien si hace falta. He visto la forma en que los chicos resuelven sus discrepancias: un poco de jalones y todo queda en el pasado. Son como leones. Pero nosotras, las chicas, por lo que sea, debemos hablar para resolver las cosas como señoritas. ¡Qué fastidio!

En fin, salimos a la cancha y estoy a *full*. De repente, siento que si no gano este partido, mi primer día habrá sido un fracaso absoluto. Sin embargo, si gano, seré mi propia heroína y triunfaré sobre el sentimiento de estar fuera de lugar que lleva invadiéndome desde esta mañana. Washington toca el silbato y yo echo a correr y salto y pateo el balón con tanto entusiasmo por todo el campo que se me olvida que no tengo ni la más remota idea de cómo se juega el fútbol americano. Ups. Tras el subidón de adrenalina soy capaz de ver que alguien le pasa a Yvette el balón y corro hacia ella. A lo mejor no debería, a lo mejor está mal, pero me lanzo en plancha sobre ella y la pobre y esquelética Yvette acaba en el suelo. Aunque no se da por vencida. Opone resistencia y rodamos por el suelo hasta que, ¡CLONC!, su cráneo choca contra mi frente con la fuerza de una bola de boliche. Me muerdo el labio para no gritar. Veo estrellitas a mi alrededor como en las caricaturas y oigo que la entrenadora hace sonar su estúpido silbato.

—Okey, okey, ¡tiempo fuera! A ver ¿qué pasa aquí?
—pregunta poniendo las manos en forma de «T» como hacen en basquetbol.

—¡Lili me atacó!

—No te ataqué, te tackleé. Es lo que se hace en fútbol americano, que es lo que se supone que estamos jugando.

Me llevo la mano al ojo derecho, que me noto ya amoratado. Yvette sigue quejándose y la entrenadora me obliga a sentarme, así que yo también me quejo, apartada en un rincón, enojada con Yvette y con la entrenadora Washington y con el chico que me tiró una bola de papel a la cabeza y con los estúpidos de mis padres por hacerme venir a este lugar tan horrible.

Para cuando me cambio y me pongo la ropa normal (o sea, de pirata), tengo el ojo tan hinchado que no lo puedo abrir. ¡La muy perra me dejó el ojo morado!

—Sabes que pareces un pirata, ¿no? —se burla Yvette, y sale del vestidor dando saltitos.

—¡Arrr! —le grito. Me gustaría hacerla caminar por la plancha y empujarla al mar.

En casa, mis padres me hacen la típica pregunta horrorosa que todos los chicos y chicas odiamos, la que suena como unas uñas arañando una pizarra:

—¿Cómo te fue en la escuela?

—Bien —respondo. Pero luego cambio de opinión, mi mente de repente se ve invadida por una ola de honestidad—. En realidad, estuvo espantoso. El colegio es enorme y todo el mundo se cree muy *cool*.

—Ay, Lele —mi madre al menos pronuncia bien mi nombre, todo un consuelo, aunque en estos momentos, no muy grande—, seguro que tú eres la más *cool* de todas.

—Gracias, mamá, a ver si me acuerdo de decirles a todos que mi mami cree que soy la más *cool*. Me va a ayudar un montón.

Me voy a mi cuarto y caigo rendida en la cama, le gruño a la almohada y pataleo un rato para conseguir un efecto más dramático. Tras esta escenita de autocompasión, decido que ya sufrí suficiente por un día. Es hora de hacerle caso a Taylor Swift y de ser libre, como Elsa.

Es hora de viajar hasta mi lugar favorito, en el que soy feliz: Vine. En *Breakfast at Tiffany's*, Audrey Hepburn decía que nada demasiado terrible podía suceder en Tiffany's, y estoy totalmente de acuerdo con ella. Nada demasiado terrible puede suceder en Vine, al menos a mí. Vine es el único lugar en el que me siento intocable. Entro a mi cuenta y escribo el título de mi Vine de esta noche: *Las ventajas de ser un chico*.